La alteridad de la miseria - Capítulo 1

L. Serrot

Capítulo 1

1

<<Bob, Bob, Bob, estás hecho todo un adulto. Mírate. Esta es tu prueba de fuego sin duda>>, se dijo Bob con cierta ironía y no menos sinceridad. Lo tenía casi a punto, por lo que apartó su mirada y su diálogo con el espejo ornamentado que tenía delante y con su tantas veces odiada cara. Las luces entraban oblicuamente por entre las cortinas de la vieja habitación de motel, iluminando su calva al vaivén que seguía su enorme cuerpo. La silla en que se sentaba, se veía en la obligación de rugir quejumbrosamente, mientras finalizaba el trabajo con ferviente apremio. Se limpió el sudor acumulado en las cejas y dijo: <<Creo que ya está. Lo cierto es que ajustar las últimas piezas nunca ha sido lo más sencillo y tampoco es que tenga mucha práctica. Pero, oye, estoy convencido que será de lo más certero>>. Sus manos estaban manchadas de negro y al verlas sintió gran orgullo: <<Como la de Marlon en sto será toda una declaración de intenciones>>.

La habitación estaba hecha unos zorros. Varios calcetines cetrinos se encontraban desperdigados por el suelo. Dos cajas metálicas, puestas en el pie de la cama, estaban abiertas y su variopinto contenido se arremolinaba sin concierto. Decenas de cigarrillos se aplastaban contra el cenicero de la grasosa mesa de cristal. Parecía llevar mucho tiempo en aquel lugar.

Se levantó de la silla y se quedó unos momentos contemplando su obra. Seguidamente, se acercó al lavabo, donde hizo un amago de lavarse las manos: <<Bueno...no. Sería insultante lavar las marcas de esta maravillosa comunión conmigo mismo>>. Vació sobre su torso lo que quedaba del contenido de un perfume barato, agarró el objeto terminado, su chaqueta de piel roída y salió del apartamento.

Era una fría tarde de diciembre. El cielo, encapotado, filtraba la luz en tonos plateados. En la lejanía se demarcaban grandes montañas nevadas que cortaban el horizonte. Miró por la balaustrada para encontrar algo que le alegró súbitamente y le generó una fuerte presión en el pantalón. En la piscina se encontraba una mujer en bikini en una hamaca. pensó Bob. Tendría unos treinta y muchos. Su pelo color luz relucía sin necesidad y se contorneaba con una frivolidad excesiv. Tanto, que resultaba algo más, como si le gustase satirizar. Le saludó con un movimiento rápido de la mano y Bob apenas tuvo las agallas de sonreírla de vuelta. Bajó las escaleras del motel y se subió a su viejo Cadillac verde.

Tenía su cita en la Calle Mainland. Ahí, el intermediario, tomaría su objeto y le daría una nueva tarea.

Quedaron en un estrecho callejón. A aquella hora del día no había demasiado tránsito y pudo identificarle claramente. Estaba en la boca del callejón. Cruzó al lado de la calle en que este se encontraba. Antes de hablar, se adentraron un poco en la oscuridad.

- ¡Hombre, Bob! ¡Te veo bien! -dijo el hombre, elocuente.

-Nos vimos hace un mes -respondió Bob sentencioso.

-Bueno, ¿no has escuchado eso de que nuestra identidad es un continuo? Básicamente somos una persona nueva cada día -Arnold hizo una media sonrisa tan aborrecible, que Bob no pudo evitar hacer un mohín de desprecio-. Oye, tus obras causan sensación. Serían mundial si pudiéramos mostrarlas al mundo. Una lástima que no todos tengan la oportunidad de adentrarse en ellas...

-Si, bueno -cortó Bob- Aquí lo tienes. Creo que deberíamos meternos un poco más al fondo; ya sabes que no lo puede ver nadie. No sé por qué no hemos quedado mejor en un descampado o incluso dentro de un coche.

Bob tendió el objeto al hombre, el cual lo sacó de la pequeña manta que lo protegía.

- ¡Ay Bob!, no te preocupes, están todos con la mente o la polla en otras tareas a esta hora y no me viene bien moverme demasiado hoy. Luego tengo cita con una mamita espectacular aquí cerca -Cambio rápidamente de tema al ver el cuadro: - ¡Madre mía! Ni en el Louvre. Es... ¡tan apropiado! Y, vaya técnica y uso de los colores y la luz. Ni Rembrandt, ¡joder!

-Gracias...

-No las des. Somos nosotros los que deberíamos estar agradecidos contigo, Bob. Ya serán tres peces gordos con este cuadro. ¿Te sirvió la cita del restaurante con él para desarrollar el cuadro?

-No sé hasta qué punto se creyó que iba a escribir un libro sobre él. un *freelance* del Times... Debe saber ya la verdad. Y sí..., esta vez ha sido definitivamente más costoso, pero creo que lo he conseguido. Es una persona muy compleja. Tiene demasiados matices. A veces me daba la sensación de que sólo un cuadro no podría contener toda su alma.

-Bueno. Las inseguridades normales del artista, ¿no? Que si el que dirán, que si no consigo plasmar al cien por cien lo que tengo en la mente, que si mira qué espectacular es el cuadro de ese vagabundo del metro... ¡Bah!

Tonterías Bobby, eres increíble. Verás como sí. Será otra , ¡je je! Fascinante. Con lo duro que es el hombre por fuera, ¿cierto? Por dentro no es más que un bosque en llamas que parece no parar de arder. Esos reflejos en la llama... no sé si son de redención o de condenación... Y el mar al final: ¿ahí es donde apaga su fuego interior?

-No. Hay es donde se mete para poder volver a comenzar el ciclo de calcinamiento de vuelta al fuego. Es como si... no consiguiera salir de un eterno retorno a la culpa.

-Mi apuesta es que tiene que ver con la muerte de su hija. ¿Tú qué piensas, Bobby? Pobre diablo... Perdona -le dijo a Bob, tras decir la última palabra-.

-Tranquilo. Pues sí, tiene que ver mucho con la muerte de su hija. Él fue el que contrató personalmente al guardaespaldas que le apalizó y asesinó como bien se han encargado los medios de pregonar. Aunque su niñez...

-Sí, pobre chica -cortó Arnold-. Además, parece que tuvieron un *affaire*. Nada sale bueno de liarse con un guardaespaldas con intenciones arribistas. Por lo que vi en la televisión, no era más que un paleto con la suscripción a una ortodoncia cara. ¿Qué se podía esperar?

Bob no respondió. No lo hubiera conseguido, aunque hubiese querido. Se aproximaban unos jóvenes y todo parecía indicar que iban a entrar en el callejón.

-Eh, Arnold -dijo, con la voz entrecortada-. ¿Dónde has dejado el cuadro?

-Mmm, pues. ¡Hostia! Ahí joder, apoyado en la pared nada más entrar. No le ha pasado nada, ¿verdad?

-No, pero vienen para acá dos... -se detuvo a oler con mayor precisión-, no, tres chicos.

-Ups, espera, ¿dónde he dejado el cobertor?

-No lo sé, pero no hay tiempo. Voy a cogerlo.

Arnold le agarró del hombro y le dijo:

-Oye, calvo de mierda, ese cuadro es mío. Guárdate esas manos para pintar y traerme el siguiente. Voy a buscar esa puta manta zarrapastrosa para cubrirlo antes. He dicho, joder.

- ¡No... me-me insultes mamón!, ¡no ves que no pueden ver el cuadro, se

generaría un pandemónium! Ya están llegando...

Arnold se puso a buscar alrededor de un contenedor de basura, haciendo caso omiso de lo que le decía Bob, hasta que encontró la manta.

- Ves, ya está. Tranquilo, tengo el Rover metido en el fondo de la calle - dijo Arnold, señalando el coche.

Cuando se irguió, se topó con tres chavales delante. Estaban arrodillados y en estado catatónico mirando el cuadro.

- ¡Mierda! -dijo Arnold con rabia. Putos fumetas...

- ¡e lo he dicho!

-Calla, joder -dijo Arnold lacónico, cortando sus palabras con todo menos empatía-.

En un abrir y cerrar de ojos saco un revolver, le puso un silenciador con la rapidez de un prestidigitador y encañonó el arma en la nuca del primero que tenían más cercano.

-Aún podemos disuadirlos. Quizás algún tipo de condicionante hipnótico. No puedes manchar el...

-No hay vuelta atrás.

El disparo fue apenas un restallido ahogado. El chico se quedo en la misma posición, con el mismo semblante y la misma media sonrisa; como mirando una hiperbólica escena de acción. Uno de sus ojos se quedó pegado en el lienzo, resbalando como un huevo poco hecho.

- ¡Oh dios! -gritó Bob, al que le temblaban ostensiblemente las rodillas-.

- ¿Dios? Venga no me jodas. Voy a matar a los otros dos antes de que salga el jodido Franky a tirar su basura saturada de grasas trans. Si no lo hago rápido saldrán del trance.

Mató al segundo como quien corta la mácula de una manzana.

-Sólo uno más.

-No sigas, no sabes lo que estás haciendo.

- ¡Y tres! -Al disparar, se dio cuenta de que no le quedaban balas- ¡Me cago en la mismísima reputa! Joder... no tengo nada, ¿no tienes un cuchillo o algo? Hay que asegurarse: matarlos definitivamente. Con el influjo del cuadro no se puede saber si volverán en sí. Entineds Bob, que

ya no hay vueltas atrás. Sólo queda terminar el trabajo. ¿No tienes ganas? No me mientas. Si te enchironaron por violación y asesinato. Además, eso que tienes dentro seguro que te hace ser más amigo del vicio. Vamos, no te cortes.

-No...

-Bob, a nadie le va a importar. Estamos en la zona más jodida de los suburbios. Estarías haciéndole un favor al comercio y la sanidad locales. Sus madres deben llevar bastante tiempo muertas llenas de picos en las venas. O -miró unas bragas rojas en el suelo y digo-: les vas a quitar muchas largas noches de guardia al no tener que mantenerles con la tripa llena.

-Oh...joder. Vale.

Se sacó un puñal que guardaba en un bolsillo interior, se acercó por detrás del último joven, moviendo su cuerpo con cuidado ligeramente -para que no manchase más el por el otro lado ensangrentado cuadro-, y le rajo la garganta. Para su desgracia, no pudo evitar sentir una sensación catártica. Se mantuvo en silencio, mirando salir la sangre a borbotones hasta que Arnold le interpeló.

-Bob, ¡eh, Bob! Tenemos prisa. Hay que limpiar esta mierda. Ayúdame a meterles en el todoterreno. Por suerte, la mayor parte de la sangre la tiene el cuadro. Y... joder, quieres dejar de mirar la puta fuente de sangre. Agarra a ese, que es el que más puede jodérnosla y mételo en la basura. Yo me quedo vigilando. ¡Vamos! Luego tenemos que acordonar la calle, hay mucha sangre. Joder le tendría que haber disparado al primero en el puto cuello, mira... la cantidad de sesos. Tendré que hablar con la zorra de Lizzy, pero no nos queda otra. ¡Vamos Bob!

Bob reaccionó finalmente. Agarró al joven con una facilidad pasmosa y lo lanzó al maletero, cayendo con un golpe sordo. Seguidamente, los dos juntos metieron a los otros dos.

-Bueno, esto es lo que vamos a hacer. Yo me voy a quedar aquí y voy a llamar a la inspectora Lizzy para contarle el marrón y que mande una unidad de limpieza lo antes posible. Recemos porque nadie haya visto nada. Ahora, tú... Teresa Fanning. Es la siguiente. Catedrática de filosofía política en la Universidad de Blake. Te llegará hoy toda la información que creamos relevante. Quiero que vayas de oyente a sus clases. Mañana a las 15.30 horas en el pabellón dos. Sabrás qué aula es porque a esa hora sólo se da esa clase ahí y está siempre muy concurrida. Van de todo: periodistas, políticos, escritoruchos ... Mirones de todo tipo. Cuentan que lo disfruta mucho... follarse a oyentes quiero decir. Al parecer es un bicho raro de aúpa, pero está para chuparse los dedos. Bueno, nos mantenemos en contacto. Limpia un poco el cuadro antes de irte. Quita al menos ese

ojo, parece que me está juzgando; se me revuelven las tripas. Luego yo me encargaré de lo restante. Menudo desperdicio..., lo veo en tu cara, pero no te apures, no habrá problema. Llegaremos hasta el fondo de Freddy con este cuadro.

2

Bob salió de la Calle Mainland. La situación le había dejado muy fatigado. Sentía andar como en un sueño y notaba una gran presión en sus piernas, pero tenía mucha hambre, por lo que decidió acercarse al Yammy Burguer antes de volver al apartamento. De pronto le vino una escena que se dio en aquella misma franquicia en otro establecimiento haría ya unos veinte años atrás.

-Boba, ¿sabes por qué hemos venido hoy aquí? No porque hayas sacado otro sobresaliente. Ya sabes que eso es algo bueno para ti y no deberíamos premiarte de forma alguna, menos con un caprichito así. Faltaría más. Estamos aquí porque tu padre ha sido elegido el mejor vendedor del año y eso cariño sí es importante. Tienes que darte cuenta de todo lo que hacen tus padres para que tu puedas tener la oportunidad de estar en un buen colegio y en un vecindario tan precioso. ¿Cómo crees que te iría si vivieses en aquella parte tan inhóspita de la ciudad donde viven tus primos Jacob y Lia? Pues ya te lo digo yo cariño, muy muy mal. Aún así, ese cuerpo redondillo hay que moverlo un poco -dijo con retintín tocándole la tripa-. Pero hoy, hoy Boba, es un día especial.

- ¿Podré tomar la súper doble de queso con extra de guarnición?

- ¡Pues claro! Y tu helado preferido, el de crema de cacahuete, si quieres.

- ¡Qué bien! Gracias mamá.

-No me des tanto las gracias. ¡Dáselas a tu padre! Ahí llega.

- ¡Hola familia! -dijo Victor, con una amplia sonrisa. Varias personas cruzaron el cuello, algunas con un escorzo. Era un hombre cercano al metro noventa, de aspecto fornido, pelo azabache y ojos azul profundo. Con ese encanto que hace de punto de fuga-. Bueno, bueno, pues el súper fichaje de Perfumes Loxtar ya está aquí. Joder, ha sido increíble el recibimiento. He barrido todos los pronósticos del presupuesto de ventas. La cuota de mercado ha crecido casi un cien por cien desde mi llegada. No te lo imaginas Bobby, el jefe de la compañía recitando mi nombre delante de todo el mundo; la cara que se le ha puesto al capullo de González; no es que hubiese tenido un mínimo de posibilidades, pero... ¡joder! Vaya cara. Después, han traído dos Ferraris que he podido montar durante tres horas. ¡Los traían conducidos por modelos! Ellas sí que eran de alta gama, no sé si me entiendes ija, ja, ja! -le dio con el codo a su hijo buscando una reafirmación que no llegó-. La madre bajo los ojos y pareció perderse

en un recoveco oscuro momentáneamente, para cambiar al punto a un semblante exultante de nuevo-. ¿Pero qué te pasa chaval, no está la doble que te gusta o es que te falta un poco de vitamina del humor? Daisy, ¿qué le pasa?

-No lo sé...cariño. Creo que le emociona demasiado.

-Bobby, hay que aprender a tener un poco más de garra y saber expresar entusiasmo. ¿Crees que leer esos cómics te va a hacer un hombre de mundo? Tío, tienes ya doce años. Sal con tus amigos y emborráchate. Ya veras como vas soltándote.

-Victor cariño, déjale. Vamos a disfrutar de tu momento.

De pronto, la locuacidad de Victor se trocó en una mueca malhumorada. Sus fosas nasales subían y bajaban y los ojos parecían querer reducir a cenizas a su mujer.

- ¿Qué le deje? ¿Qué coño sabrás tú de dejar? Todo el puto día en casa viendo . A ti sí que te haría falta leer un poco. Además, tienes a tu hijo embobado. Seguro que es el hazmerreír del colegio. Que le deje dice...lo que hay que oír.

El silencio se extendió como una rémora por el ambiente. Victor se levantó de la mesa.

-Hoy es mi día joder. ¿Así me lo pagáis? Me voy a pasarla con mis amigos, que ellos si sabrán valorarlo. Comer todas las hamburguesas y compraros los putos cómics que os dé la gana -Miró a los dos inquisitivamente. Seguidamente, dejó cien euros en la mesa y dijo: - Ahí parados... Estoy harto de coger el remolque para espabilaros. Espero que cuando vuelva a casa hayáis dejado de miraros un poco el ombligo.

Cuando hubo salido del restaurante, Daisy dijo:

-Boba... cariño. Vamos luego a esa tienda de cómics. Quiero que te compres los que quieras. Luego me acompañas: voy a comprarme todas las temporadas que me faltan de Vamos a darnos un viernes como dios manda.

A Daisy le corría una pequeña lágrima por la mejilla; su media sonrisa forzada no hacía más que acunarla en su cara. Sus ojos, en cambio, hablaban verdad. Esa mujer estaba al borde del colapso.

-Vale mamá.

Bobby intentó consolarla con la sonrisa más amplia que le fue posible expresar; aunque su cabeza ardía, por no haber podido decirle a su padre

lo mucho que le odiaba. Odiaba a su madre también por soportar y participar de todo aquello, pero el odio hacia su padre era diferente. Un odio tan grande en ese momento, que no podía menos que dirigir a alguien: lo dirigió a sí mismo, se lo trago con la hamburguesa; rezumó por toda su boca.

3

Pasó prácticamente toda su estancia en el restaurante rememorando escenas pasadas desagradables. Sabía que se debía al sentimiento de culpa tan fuerte que le recorría el cuerpo -que sólo estaba en proceso de gestación-, como consecuencia de haber asesinado al chico. Intentó ahogarlas con la comida -como bien aprendió a hacer desde pequeño-, pero se instalaron tanto en su psique, que decidió marcharse del restaurante dejando la segunda hamburguesa a medias. Que tenía las humillantes marcas de sus dedos clavadas profundamente; pero pareciéndole a Bob que el alimento deseara que lo hubieran servido de otra forma.

Se quedó un momento absorto mirando a la hamburguesa de pie, como su padre hizo aquel día con él y su madre -con un sentimiento de vacío interno- y la dijo: <<Je, ¡joder! Sólo eres una fuente de alimento. ¿Eres tan servil que te importan cosas como la salsa que te echen? Si, mírate, parece que vomitaras con orgullo lo que llevas dentro: ¿te preocupa que te haya echado kétchup en vez de mostaza?, ¿qué no haya comprado una ración de nuguets para que te hubieran visto condimentada de gala antes de morir a tus ojos? Maldita sea, ¡deberías rezar por que te engullera de una sentada nada más verte para acabar con tu irremediable miseria!>>.

Una pareja que tenía al lado y una anciana con lo que debía ser su nieto se le quedaron mirando horrorizados. Esta se lanzó indignada contra él:

- ¡Por dios! ¿No ve que está en un establecimiento familiar? Debería ayudarse a sí mismo y no ponerse en situaciones así. Sé que los enfermos del Centro Hayers os destacáis por querer cambiar. Me pareció genial aquella iniciativa con los ancianos de la residencia en que estoy. Pero por favor, así no... La comunidad está...

- ¡No soy ningún enfermo mental, señora! Al igual debería enfocar esa atención en otra persona, a la cual parece aburrir hasta la extenuación. Sí, este loco se ha cerciorado lo suficiente de su entorno para saber que su nieto no ha despegado la cara de la pantalla de su móvil desde que han llegado. ¿Crees que una jodida tarde al mes atiborrándole en un restaurante de mierda va a compensar todos los años de indulgencia y condescendencia que le esperan? -Algo se comió el sonido. La densidad de un silencio viscoso le dio una bofetada a Bob. De pronto las luces, olores

fuertes y los colores estridentes del local le sobrepasaron-.

- ¡Estoy harto de todos! No sabéis un carajo de lo que hago por vosotros, ¿cierto?... Pues ya lo sabréis.

Dejó el local con la última frase flotando en el ambiente.

4

Cuando llegó al motel ya era la tarde noche. Estaba totalmente exhausto, por lo que decidió tomarse un cálido baño. El aseo apestaba a heces y juraría que había menos azulejos que la anterior vez en que entró. pensó. Al desnudo podría confundirse claramente con una suerte de animal marino bípedo legendario; una especie rara de delfín en extinción. Había comenzado a verse así mismo de esa manera y no en el mal sentido. Su cuerpo era una cosa y él era el que se encargaba de gestionar su maquinaria. Como un empleado de zoo que diera una sesión extraordinaria de trucos con la fascinante quimera del mar. Después del baño, se miró en el espejo del aseo. Se encontraba tapado por una densa película de humedad que le difuminaba la cara.

Pidió a domicilio el cubo más grande de alitas de pollo del Kentucky Fried Chicken, aderezado con dos batidos generosos: uno de vainilla y otro de chocolate con almendras. Durante la cena y antes de hacer una búsqueda en internet de su siguiente objetivo: la profesora Teresa Fanning, quiso darse una sesión de ocio. Estaba indeciso; tenía dos opciones en mente: ver y condensar su cerebro a base de diálogos infumables y recuerdos manidos, o seguir leyendo de Freud. <<Qué te den padre del consumismo capitalista, este libro es el que debería leer el muy capullo de Arnold... valiente mamón; esos chavales te van a arrancar las vísceras por dentro. Voy a ponerme un capítulo de ; aquel en que Abigail selajuega a Cynthia al más puro estilo Tarantino, ¡ja ja ja!, sí, vaya la que se traía. ¡Ese! -dijo, regurgitando trozos de comida por la risa>>. Tras ver no sólo un capítulo, sino toda la temporada, decidió finalmente investigar a la profesora.

-pensó Bob, examinando un resumen de su último libro y la ficha que Arnold le había mandado por correo-

Sólo con esto no le valía a Bob. Ella era una persona muy mental. Un eneatipo cinco claro, como dirían en psicología, se dijo para sí mismo. Autocontrolada, privada. Con dificultades para abrirse emocionalmente. Sin apenas nada publicado en las redes, más allá de algún que otro tuit.

Tenía que ir a la universidad y sentirla. Olerla. Adentrarse en ella.

5

Arnold Fox nunca se destacó por implicarse emocionalmente en lo que hacía. Su vida discurría por una carretera lineal: una parada para repostar aquí, una sesión de pesca por allá, una quedada con alguien al que poder sacar tajada... La vida, en definitiva, era una sucesión de oportunidades y si no sabías agarrarlas a tiempo, puede que de amenazas. La moralidad o la ética, pensaba, no eran más que artificios sofisticados creados por aquellas personas que no querían afrontar la realidad. Así que, nunca creyó conveniente, ni mucho menos práctico, andarse con disquisiciones morales o grandes cuestionamientos internos. Todos eran una panda de hipócritas, o de cobardes, para el caso y al proclamarlo para sí, no necesitaba más justificación para ser como era. Su mero proceder era una alabanza a la naturaleza.

Su tía Penny, a la que tenía bastante aprecio, le llamaba El corredor. No porque fuera un atleta de fondo, el deporte nunca le entusiasmó especialmente -ni jamás lo necesitó para ganar influencia-, sino porque siempre parecía estar yendo de un lado a otro sin mayor pretensión que aprovechar el momento. Era el pequeño de tres hermanos. Kendall y Laurie, sus dos hermanas mayores, no tenían nada que ver con él. Capitanas del equipo de debate y de fútbol de sus respectivos cursos. Auténticas "número uno". Inamovibles en sus convicciones. Se apuntalaban a su lado como dos bloques procurando contener a un moscardón: para no verse afectadas por su disoluto comportamiento. Lo cierto es que sólo le despertaron indiferencia.

Con dieciséis años comenzó a entrenarse para entrar en el cuerpo de policía de Circus City. Ese mismo año, consiguió su graduado en enseñanza obligatoria, y, pasados dos, se convirtió en uno de los reclutas más jóvenes de las últimas décadas. Cliché úti.

Debido a su escasa formación, no consiguió pasar de detective. Lejos de importunarle, lo vio como una oportunidad para no tener que lidiar con la prensa y con la hastiosa política. Se sentía como pez en el agua. Lo suficientemente arriba y con los galardones idóneos, pero no tanto como para que las quisquillosas miradas se posasen en sus hombros. Lo suyo nunca fue comprometerse, le iba más la diversificación.

Cinco años atrás entró a formar parte de la división de campo de DeepWorld No era un conglomerado secreto, tampoco un culto de relumbrón con sus tentáculos metidos hasta la médula de la sociedad. Era un grupo pequeño que llevaba en activo menos de diez años; con una extraña visión en mente y una gran capacitación para el control

biotecnológico, informático y el hackeo.

No se destacaban por tener un gran presupuesto. Se la tenían jurada a cualquier sistema de intercambio monetario. Lo que querían, simplemente lo tomaban.

Se percibían como un enjambre. Su ideología más próxima era el datismo. Eran un gran nodo al servicio del flujo de información de unos a otros. Unidos en las redes. En las profundidades de lainternet oscura. Esa misma ingenuidad fue la que los llevó a una suerte de esquizofrenia compartida; o quizás a algo más. Pero, como toda empresa humana, vivían de una creencia. En este caso estaba "viva". Habían dado con otra capa de la realidad. Una que les unía irremediablemente. No creían ni en la moral, ni en la ética, sólo en . Un propósito que buscaba la reordenación a placer del mundo.

Arnold era uno de sus agentes. Ellos le aportaban placeres sin igual, sesiones infinitas de exaltación de los sentidos a cambio de trabajos aquí y allá. Él era uno de sus intermediarios. Un peón. Lo sabía y, de nuevo, le daba igual. Le necesitaban debido a la evidente influencia de Arnold, pero también a la desconexión que sufrían ellos con el mundo. Como una suerte de vampiros nodales, no podían dejar de lado la comunión con sus compañeros y el lugar donde se unían por mucho tiempo a riesgo de descomponerse. No podían alejarse de sus cabinas mentales, ancladas en el lugar donde se convirtieron en algo más, o menos, que una persona. Temían perder la puerta a ese otro lugar. Eran como ratas que prefieren tener la pata aplastada por una trampa si pueden alimentarse con un manjar sin igual.

Arnold se preguntó por qué no eran capaces de controlar las mentes con esa clase de poder que tenían sobre la psique humana. Por qué no llevaban a más personas a aquel lugar y les intervenían la voluntad o le daban la misma experiencia adictiva que a él para que hicieran lo que les pedían. Le dijeron que eso era un peligro para su objetivo. Que podía trastocar su identidad compartida y mandarlo todo al traste; que con el ya estaban jugando con fuego.

Dio con uno de ellos en la investigación de un asesino en serie. Al parecer, necesitaban ahondar en el fondo de la naturaleza humana.

recordó, mientras esperaba a la inspectora. cómo

Le parecieron una panda de frikis lunáticos, pero desde el principio no pudo dejar de probar de su saco infinito de estímulos.

La zona de la ciudad de Circus City en que había quedado con Bob era marginal. Se destacaba por la presencia de yonquis, ancianos y enfermos mentales. Un gueto. Mayormente residencias destinadas al cuidado

mental y a dar comida a la gente sin hogar, por lo que entre semana casi no había nadie que pudiera suponer un problema a la hora de llevar a cabo acciones comprometidas. La comisaría de policía se encontraba en la otra esquina de la ciudad, como dando toda una declaración de intenciones; que parecía querer decir: "que lo molesto se autogestione sólo".

En el suelo había la suficiente sangre como para despertar sospechas y no tenía el tiempo suficiente para limpiarlo: eran las seis de la tarde y algunos familiares comenzarían a hacer visitas a las residencias. Como le dijo a Bob, llamó a la inspectora Elizabeth -con la que maquinó rápidamente una coartada plausible por teléfono-, para que viniera a limpiar la escena y dar parte.

-Ya estamos aquí -dijo Elizabeth, con notas de reproche que intentó disimular con poco éxito. Una mujer y un hombre, que debían pertenecer al equipo de limpieza, estaban tras ella; les hizo una seña para que se quedaran atrás un momento-. Dime que los cadáveres están lejos de aquí ya.

-Aún no, los tengo en el maletero, pero en cuanto zanjemos esto, me encargo de ello.

-Eres un inútil... ¿Qué ha pasado esta vez? ¿Han dicho algo que al señorito le ha sentado mal? O es que eres tan puto maníaco... -se contuvo-: ¿no podíais haber quedado en algún lugar apartado?

-Tenía asuntos importantes que tratar con urgencia cerca de la Calle Newhide -replicó Arnold sentencioso-. Además, ¿qué coño importa lo que pudiera decir un testigo que pasase por aquí? Cualquiera que le oyese pensaría que su declaración no es más que una secuencia de su locura.

-Hum... Si son tan importantes esos asuntos, ¿qué haces todavía aquí parado? Y, ¿por qué me llamas si no hay riesgo?

-Lizzy, no me jodas -replicó Arnold.

-Bueno. La verdad que es un marrón, pero lo cierto es que por aquí se suelen dar casi a diario, por lo que no creo que sea difícil sumar uno más uno. Hay varias bandas armadas enfrentadas como bien sabes, por lo que sí, en la comisaria se han tragado sin grandes reproches que has visto un coche blanco sin matrícula cargando a los tres cuerpos y no has llegado a tiempo.

-Ya nos hablará la científica de a quién pertenece la sangre. Espero que para entonces esos cuerpos se hayan desintegrado.

-Descuida.

-Descuido -dijo Lizzy, mirándole fijamente a los ojos-. De la misma forma, sabes que tendrás que hacer al menos una pequeña investigación de pega para afianzar la coartada.

-Claro.

Las respuestas cortas de Arnold, junto con su desdén, hervían la sangre de Elizabeth, pero se había acostumbrado a lidiar con ellas a la fuerza.

-Perfecto. Puedes irte si quieres. Les diré que vas con prisa a por "ese coche sin matrícula" -dijo Elizabeth con desdén y sorna.

-Lizzy, yo no tengo la culpa de que te hayan elegido.

- ¡¿Qué no tienes la culpa?! -terció Lizzy con indignación. Se fijó al punto en que había alzado la voz de más. Miró atrás para asegurar a las dos chicas que no ocurría nada-.

-Joder... Vale -Se hizo un silencio intenso que duro unos segundos. Cuando Arnold vio que la inspectora no decía nada más, dijo: - Gracias Lizzy. Hoy soluciono todo. Nos vemos en la comisaria.

6

Llegar a la Universidad de Blake fue bastante fácil para Bob. Por si su entrada se complicaba, DeepWorld le había creado un carnet falso de reportero que llevaba en un en el móvil: Cassius Night era su nuevo nombre. ... .

Las instalaciones eran espectaculares y Bob no pudo contener una reacción de envidia. Tuvo que abandonar la universidad a mitad de camino para ayudar a su madre con los gastos. , pensó, mientras se adentraba en la avenida que daba a la entrada.

Estaba becado. Uno de los mejores expedientes del condado. Las grandes firmas educativas se le rifaban. Iba a convertirse a buen seguro en un gran exponente de la carrera académica en historia. Dos tesis hechas antes del segundo curso. Una publicación en camino en la Nationaljunto al escritor de ficción histórica Robert Lake -al que conoció en una charla en Youtubedonde Bob tenía casi tres millones de seguidores- sobre la importancia de la ficción en la construcción social moderna a través de las redes sociales. Una novela en camino. Todo ello: un montón de baratijas oxidadas. Él: un titanic hundido.

Al entrar, estaban haciendo controles de aforo, por lo que le pidieron la

identificación:

-Hola buenas, ¿identificación? -Bob le enseñó el QR-. Estamos teniendo mucha concurrencia en las clases de la profesora Teresa y debemos... -se quedó un momento en suspenso viendo su ID y la cara de Bob respectivamente, hasta que dijo-: Perfecto.

- ¿Algún problema? -inquirió Bob. se dijo-.

-Para nada señor Cassius. Estaba pensando que su nombre es... eh, interesante. Hoy no han venido demasiados reporteros, por lo que es más que bienvenido. A la señorita Teresa le encanta que haya variedad profesional en su aula, con objeto de aportar a sus oyentes la experiencia más amplia posible en la ronda de preguntas.

-Maravilloso. Y sí, lo cierto es que es un nombre extraño. Mis padres me-me lo pusieron porque son unos apasionados del latín. Qué bien que le guste.

Se quedaron un momento en silencio sonriéndose sin ganas hasta que el empleado le dijo:

-Bueno... que disfrute la sesión.

Arnold tenía razón, era muy fácil saber dónde se encontraba el aula. Cientos de personas subían al pabellón dos y por el murmullo de estas, se podía saber sin duda que iban a ver a Teresa. Había más de una discusión acalorada a varias bandas en referencia a los peligros de la biotecnología; entre otros temas tratados por ella. Algunos se le quedaron mirando con una mezcla de pena y aprensión. Ya estaba acostumbrado. Llevaba una bolsa de agravios tan honda dentro de sí, que apenas se daba cuenta de su existencia.

El enorme anfiteatro acogía casi a un pequeño pueblo. Ya hacían casi quince minutos desde que la profesora debió haber comenzado su clase y la multitud empezaba a generar una cacofonía voluminosa producto de la expectación.

Apareció, y el ruido se cortó súbitamente.

-Disculpen -dijo apurada y casi sin resuello-: el tráfico ha sido mortal.

La multitud comenzó a cuchichear con sorpresa. No parecía lógico que hubiera algún problema en la carretera, ya que casi todo el mundo estaba en el aula veinte minutos antes del comienzo de la clase.

..., pensó Bob. . Era una mujer de una belleza palpable, pero íntima. De baja estatura, pero bien proporcionada: como una hermosa pero tímida

figura de orfebrería. Parecía aferrarse de igual manera a un minúsculo resorte interno que se resquebrajaba por momentos.

-En la última sesión -inició, enconada, y repitió-: en la última sesión, se discutió sobre el papel de la biotecnología en la determinación de la identidad en la segunda década del siglo veintiuno... Cómo apuntara Foucault en Tan acertadamente... -No iba a durar toda la sesión, eso era ya evidente-. Perdonen las molestias de veras... Bien, este gran filósofo social del siglo veinte, sentó las bases (me permitirán el atrevimiento) de la concepción de dignidad humana actual. La dignidad plástica de las redes sociales, es su consecuencia en nuestros días.

-Parecía serle imposible hilar coherentemente su discurso-. Creo que tanto él como Jeff Waldo Emerson, son los dos verdaderos padres de la post-metafísica. No tanto Nietzsche, que, cómo bien sabrán, se fijó mucho en el segundo. Los contenidos de estos dos filósofos -especialmente-, han sido puntal clave en mis últimos ensayos en referencia a la protección que se ha de hacer a la identidad y dignidad humanas en el umbral de la revolución biológica.

Tras hablar únicamente media hora -la sesión era de dos-, concluyó. Ni si quiera abrió la ronda de preguntas. Según dijo, tenía molestias por algún tipo de proceso bacteriano y lamentaba mucho tener que finalizar tan deprisa. Aseguró que repetiría la charla la semana siguiente.

Aparentemente, su pareja se había suicidado. Bob acababa de recibir un email cifrado informando de ello. Se había enterado en mitad de la sesión, y, aun así, DW la obligó a dar media hora de clase.

El suicidio no era casual. Ellos la tenían bien agarrada: tres vídeos sexuales y extractos de desviaciones de fondos por parte de varias empresas.

Quisieron que fuera a dar clase en aquellas circunstancias, para que así Bob pudiera diseccionar mejor a la, por otro lado, emocionalmente distante mujer. Ya no sólo viéndola trabajar en algo que la apasionaba la primera parte de la clase, sino abriéndose por dentro en la segunda. Ciertamente, logró tener una instantánea de su inconsciente.

. , pensó Bob mientras volvía al coche; abandonando el campus con el sol en su cénit. Notaba a su intuición llenándose de pequeñas motas doradas. En aquel entonces, dando bandazos histéricosConformando un objeto, una clase de cuerpo celesteDeseoso de marcar el camino, pero de forma fría y desvinculada: como un cometa.

Arnold, *El corredor*no mintió, ni tampoco desestimó un buen bocado. Fue a su quedada con la mujer que había conocido en una red de citas y no iba a solucionar lo de los tres chicos hasta que su excitación no se sublimara.

Aparcó el Rovercon la finura y rapidez con que un *cowboy* dejara su yegua en un palenque enfrente de un salónLlamó al timbre, y se aposentó en el porche con toda la gracia que supo para esperar a que abrieran la puerta.

Una voz, que salía de una de las ventanas, dijo: <<Hola, guapo, ¡ahora voy!>>.

A los dos minutos salió y Arnold no tardó un segundo en darse cuenta de que no era la mujer de las fotos.

-Pero, tú... ¿quién putas eres? He quedado con Minerva.

-Perdóname... yo soy Minerva. Es que..., esas fotos son de hace algunos años.

Arnold no se tragó una palabra, pero le excitaba la situación. pensó

-Je, je, ¡da igual, hombre! Si aquí estamos para divertirnos, ¿verdad? Disculpa por llegar una hora tarde, pensaba que ya no estarías.

-Je, je, je... sí, claro. No te preocupes, si no me he movido de casa. Pasa -replicó la chica, con una sonrisa picarona-. Puedes colgar tus cosas ahí -continuó, señalando unas perchas de caoba con detalles de pajarillos-.

Iba con un vestido de satén ajustado y al moverse, era imposible no fijarse en las ondulaciones que generaba en su cuerpo.

La casa estaba bastante más ordenada de lo que Arnold hubiera imaginado. Además, la mujer tenía un gran sentido estético. Minimalista, pero no menos sensual. Preciosos tapices chinos, varios divanes de colores sugerentes y una terraza acristalada con un elegante bonsay rodeado de un pequeño riachuelo artificial. Los azulejos plateados de la pared brillaban bajo la luz de varias velas aromáticas.

Arnold no pudo evitar comentarlo.

-Tienes... una casa verdaderamente bonita -dijo, con evidente sinceridad.

-He, sí. Suelen decírmelo. Sé que no vivo en la mejor zona de la ciudad, pero aquí donde me ves, he sido una consultora de interiores importante. Decidí venir aquí porque me harté de rodearme de toda esa falsedad que

se te pega cuando llegas a un determinado nivel y hábitos de vida.

-Ya te entiendo... -terció Arnold, aún absorto en los mil y un detalles del salón.

-Bueno... Al tajo, ¿no? -inquirió Minerva, como quien se pone a cortar pescado-. ¿Te apetece un poco de sueño blanco? -continuó-.

- ¿Sueño blanco? -replicó Arnold, enfocando su atención en la mujer. Tragó saliva: Esta se había abierto la blusa y podían verse sus aureolas-.

-Sí, es una nueva droga de diseño. Dicen que su producción ha comenzado por aquí, en los bajos fondos, pero todos sabemos quién lleva la voz cantante. Ingenieros químicos de las zonas pudientes que quieren ganarse un extra y de paso testar nuevas drogas. Pero tú ya sabes a lo que me refiero, ¿verdad?

- ¿Qué?

- Cariño... ¿Arnold? Arnold Fox, ¿cierto? ¿No eres tú el detective que cerró el caso que tantos años tuvo en vilo a la policía de todo el condado?

Por dios, si salió varias veces en aquel programa de salsa rosa de la televisión. ¿Cuál era su nombre? Ya no lo emiten, era un poco machista, ¿no cree?

-Emm.... Sí. Se llamaba... replicó Arnold tajante y frunciendo el ceño. Aquello le incomodaba. Lo hizo por tener unos minutos de fama, pero no quería parecer un necesitado.

- ¡Ese! -gritó, señalando a Arnold con una copa que tenía en la mano. Lo conducía aquella hija polioperada del gran magnate de los hoteles. Pero no te avergüences hombre, cuando tú fuiste, tenía unas ratios de audiencia espectaculares. Aunque, claro, que se desnude la propia presentadora y venda su cuerpo al mejor postor en las redes para concienciar sobre la trata de blancas, fue un movimiento de lo más estúpido.

Como Arnold no decía nada, Minerva continuó:

- ¿Quieres o no? -Se señaló el intersticio entre los dos pechos, donde tenía una raya blanca, y dijo-: Venga, que tengo frío, y quiero que estos dos se me ericen por otra causa...

Una resistencia interna se oponía a hacer nada con esa mujer. No sabía por qué, pero pequeños datos subliminales le ponían delante una bandera

roja. Aún así, nunca hizo caso a las banderas rojas que no tenía delante.

Se acercó presto a la mujer, que estaba cada vez más repantingada en el diván. Al ver que se decidía sin dudas, ella se tumbó cómodamente y le dijo que se pusiera de rodillas para esnifar. Arnold acató con gusto.

Podía pasar de una actitud en guardia a una de predador en un abrir y cerrar de ojos. Todo dependía de lo externo e inmediato que se ofreciera. Casi ninguna contingencia imaginable le robaba su atención y esta no iba a cortar la tendencia. Sólo el presente se demarcaba en sus intereses: los olores, el movimiento, los gestos. Y esa mujer sabía muy bien cómo usarlos a su favor. Nunca se le pasó por la mente concebir que en realidad era un esclavo; que sus decisiones no eran más que una reacción a las sensaciones momentáneas. Y así es como terminaría, al tiempo. Como un mosquito que se chamusca irremediablemente. Su muerte sería su mejor momento, pero, evidentemente, jamás imaginó por qué.

A la tercera raya, todo comenzó a dar vueltas, pero no le dio demasiada importancia.

-Joder, es fuerte -dijo Arnold, levantándose al punto de forma demasiado rápida. Tanto que se mareó y tropezó con un jarrón de intricados diseños que rompió-. Oh, lo siento -continuó-.

- -restalló la mujer.

-Lo siento...Eh, lo siento -repitío Arnold,

- ¡Cabrón, mierda! Bueno... que le den a la finura remilgada asiática. Ja, ja, ja. ¡La leche!...ite has metido tres seguidas! -gritó Minerva, escupiendo por la boca la mitad de la copa y mojándole la camisa a Arnold sin hacer por subsanarlo-. ¡No te preocupes!, además, son de pega. Las buenas sólo las venden en un centro de cultura en el Soho de Nueva York y se les ha subido a la cabeza. Tres rayas seguidas agente Fox... suspenso, ¡ja, ja, ja! Espero que en otras cosas midas mejor...

-No... eh, no suelo tener problemas con esa cantidad -dijo Arnold con orgullo timorato.

-Bueno bueno, esto de no controlar con la droga no es habitual en el cuerpo, ¿no? Lo digo por la cantidad de putadas que le hacéis a la gente. Debéis de tener práctica en el uso de medicinas para dormir.

- ¡Je!, emm... sí. ¡A veces esos cabrones se lo merecen! -hizo una carantoña que la mujer no correspondió. A esta le rodeó un semblante frío a pesar de cómo hablaba-.

-Sí nene... Ja, ja, ja... La verdad que una viene a este lado de la ciudad para retirarse de toda actitud tóxica, pero si no es una cosa, es otra. La cruz de quién busca quemarse, supongo.

-Imagino... Y... -Los mareos de Arnold pasaron de vibraciones molestas en una bañera a oleajes resacosos en un mar. Su cuerpo se entumecía pinzando con fuerza a la altura del pecho y las náuseas se iban acumulando con los sudores fríos.

- ¿Estás bien, Arny? No me gusta hacer de mamá, pero creo que vas a tener que hacerle una visita exprés al aseo.

-Estoy... -alcanzó a musitar Arnold. Unos fuertes retortijones le condujeron una pasta caliente por la garganta que salieron despedidos por la boca como lava a presión: - ¡Buoooagh! -restalló.

- ¡Huuu, huuu! Ya no hay necesidad parece, ja, ja, ja, ja.

De pronto, los miembros de Arnold comenzaron a actuar por su cuenta. Primero sus piernas, después cada parte de su torso en una patética sincronía de movimientos. Cuando se quiso dar cuenta, estaba flotando en el aire. Y no en el sentido figurado.

Cuando llegó a mitad de camino entre el suelo y el techo, su cuerpo empezó a arquearse hasta quedar en posición de "u" invertida. Un dolor agudo le recorría la espina dorsal y le llegaba hasta los oídos.

-Pero... ¿qué cojones me has dado? -terció Arnold, con una sorpresa demoníaca.

Todo a su alrededor estaba estático menos él. Se movía impelido por algo que no seguía las mismas reglas. Se sintió tremendamente vulnerable y eso le enfadaba mucho.

-Quédate un rato viendo la vida desde ese ángulo, luego me lo agradecerás. ¿Sabes?, en una clase de creatividad experimental que di en Berlín hace unos años, nos hacían ponernos en posturas extrañas mientras bocetábamos. La instructora decía que Le Corbusier, el gran arquitecto convertido a interiorista, lo hacía. Menuda gilipollas. Al menos le saqué varios contactos importantes, y he de decir que la noche de Berlín no hubiera sido igual sin sus consejos.

- ¿Qué? -Arnold se sobresaltó más porque se la hubieran jugado que por estar volando. Veía todo borroso. La cara de la mujer, salvo la evidente sonrisa, era una masa de carne informe.

- ¿La droga dices?, ni idea. Alguna mierda sintetizada a base de químicos

chungos y algo jodida y definitivamente de otro mundo.

- ¿Por-por qué me haces esto? Hija... hija de...

-Principalmente dinero, pero la verdad que saldar viejas deudas también me tira.

>>Te acordarás de aquel evento en Lerroy AeternumToma asiento... o..., o mejor te subo una silla voladora antes ija, ja, ja, ja!, esto llevará un tiempo.

8

Si hubiera un asco peludo y pequeño, lo suficientemente infecto que pudiera acoplarse a una persona y hacerla sufrir tanto como para que se sintiera un muerto en vida, pero que a la vez le diese la suficiente vitalidad para que el calvario no terminase jamás, Bob le juraría lealtad eterna. El asco que sentía hacia sí mismo no conseguía localizarlo y le encantaría. Le encantaría poder hablar con él; darle de comer; llevarle a concursos de salto de obstáculos y enseñarle trucos para que actuase como él quería o donarlo a la ciencia. Tener la oportunidad de sentirse aún más asqueado de sí mismo y que el resto de personas lo viera claramente. "Qué desagradable es" le dirían. "¿Cómo lo has conseguido?; ¿qué cosas habrás hecho?; ¿puedo hacerme una foto con él?". "Si llevas al pequeñín al circo de los horrores te pago parte del mantenimiento a cambio de un porcentaje de los beneficios".

Cuando DW llegó a él, tenía pie y medio en el otro barrio. Más bien cuello y medio atado a una soga.

-Ay por dios... Robert Knight, mi grandullón, pero ¿qué haces? -dijo con ternura una voz artificialmente femenina mientras cortaba con un cúter la cuerda que estrangulaba a Bob-. Ya te dije que estás demasiado metido en la vida mártir, y no eres tan buen artista para que te salga a cuenta...bueno sí, pero no lo hagas -Bob cayó a peso muerto como un saco de patatas cuando Pete terminaba de cortar la cuerda de marinero-. ¿Quién te ha dado esto? Seguro que ha sido ese pedazo de maricón de Yamamoto. Siempre pensó que hacías una "apología a la profundidad sincretista de la Yakuzapalabras textuales, con aquellos murales del patio

-Aaagh... ¿por qué me... me desatas? Jod... -alcanzó a decir en el suelo mientras enfocaba sus ojos llorosos que casi se salían de las cuencas-. Merezco morir...

-No. Mereces levantar ese culo grasiento y escuchar lo que te tengo que decir.

Bob parecía no querer levantarse. Se quedó tumbado agarrándose las rodillas como un niño atemorizado. Un ligero llanto salió con debilidad de su boca, complementando el color azul de su cara congestionada.

El hombre continuó.

-Llevas aquí cinco años. Has escrito tres novelas, pintado seis series de pinturas y molestado a más del setenta por ciento de los mamones de este centro; incluido a mí. Creo que has pagado suficiente por tu desliz.

- ¡¿Mi desliz?! Violé y asesiné a una chiquilla de veintiún años por amor del cielo. Una preciosa y dulce muchacha que sólo soñaba con tener una vida tranquila con su perro y cambiar el mundo con los pequeños gestos del día a día. Una de las pocas personas que ha aceptado una cita conmigo. Ya he prorrogado de más mi estancia en este mundo; la factura me saldrá cara en el infierno.

-Y, ¿no crees que ese dolor te ha ayudado a crear unas piezas de arte eternas? Mi vida, eres un prodigio y ese horrible acto que cometiste -producto de la enajenación psicótica-, ha servido para adornar el mundo con maestría.

- ¿Eternas? Pero qué coño sabrás tú Pete de lo que es eterno. No creo que un asqueroso sicario sepa de esas cosas. Y no estaba psicótico, simplemente no pude controlarme. Sólo soy...sólo soy un maldito perro sarnoso que ha probado la sangre y que por su bien tiene que ser sacrificado -El pequeño llanto se convirtió en un evidente sollozo. Parecía un oso despeluchado llorando de manera desacostumbrada-.

-Ya sabes que no tenía otra opción; el cartel me... -replicó Pete, con una vergüenza que casi le cortó el habla-. Bueno Bob, tu condena puede ser paliada con una condición, y quiero que lo aceptes -dijo, con una solemnidad muy poco propia de él.

- ¿De qué coño hablas? -Bob se levantó pesadamente y se sentó en una de las camas de la celda-. No aguanto tus putos teatros.

-Tienes que pintar una serie de cuadros para un grupo de personas que quieren cambiar el mundo. Lo he sentido Bob... son especiales. Son... son como ángeles.

- ¿Has mezclado el éxtasis con ese tratamiento de cambio de sexo que te estás haciendo?

-No..., no Bob. Lo he presenciado. He estado...dent... dentro de ellos.

-No sé a qué estás jugando, pero si de verdad hay personas detrás de esto, me deben conocer muy poco para pensar que mi coleguilla de la

cárcel me puede convencer. Nadie puede disuadirme. Voy a matarme Pete. Está escrito en piedra.

-Sólo necesito... Tócame. Por favor. Te lo ruego. Sólo toca mi frente.

-Estás fatal Pete... -Al ver que Pete no cejaba, Bob contestó, resignado y con una fuerte exhalación: - Vale maldita sea, te tocaré la puta frente. Espero que al menos me puedas chivar la forma de deshacerme de ti de una jodida vez.

Bob se acercó toscamente a Pete -que parecía estar entrando en un estado de trance- y le tocó desmayadamente la frente.

No fue un entendimiento absoluto sobre una cuestión trascendental. Los marcianos no le habían elegido para conquistar la tierra con promesas encerradas en una botella con mil refracciones. Sólo notó esa vida. La vida de aquella chiquilla. Estaba viva, pero sólo una parte de ella. Un bosquejo. Perdida entre nadas aún desconocidas por la mayoría de los hombres. Para salir de ahí necesitaba un compromiso. Aquellas personas estaban creando una red. Una especie de comunión entre ellos les hacía dar con otro plano. Veía delante de él una bóveda llena de cuadros. Los cuales expresaban la unión cardinal de diferentes almas que parecían estar en el momento adecuado en el lugar adecuado. Ellas posibilitarían -como en un efecto en cascada-, una revolución. Una posibilidad imposible de pasar por alto.

La conexión se cortó abruptamente. Delante de él, como un poste de electricidad con una carga inmensa, Pete convulsionaba. De sus fosas nasales y ojos salía un hilo de humo serpenteante. Sus rodillas se tambalearon y dio de bruces con el suelo.

Bob cortocircuitó por diez segundos, hasta que explotó.

- ¡Nooo!, ¡noo, Pete! ¿Pero qué has hecho? -dijo con histeria, mientras intentaba reanimarle sin éxito. La ansiedad se le disparó y notaba el sabor de la adrenalina mientras su cuerpo se agarrotaba-.

-Te... siempre te he tenido aprecio... ja... ¡ja, ja, ja! Pedante cabrón- alcanzó a decir Pete-. Sal... sal ahí y salva a esa niña. Sálvate. Doy... gracias. Ahora sé que-que hay algo. No es una luz al final del túnel, es un inmenso caleidoscopio. Gracias...

Las palabras de su último discurso salieron sin fuelle. Bob sintió una pinzada de culpa. No continuó hasta que no se las imaginó con la gracilidad y elocuencia con que Pete las diría.

Su sonrisa no se marchitaba. Como negándose. Ya no a aceptar su muerte, sino, quizás, a que Bob pensase que lo hubiera hecho obligado.

<<Terco de los cojones...>>, dijo Bob alienado.

Aún en estado de estupefacción, Bob se cercioró de algo. Había un pequeño sobre negro que sobresalía de la mano de Pete. Dentro tenía un pequeño chip, un tubo pequeño de muestras y una nota que decía: "Trágate el chip. Después, escupe en el tubo y guárdatelo. Seguidamente, ve a la sala de citas, dáselo a la persona con el pelo rapado y espera su visto bueno: si te da la aprobación responde sí o no a realizar la tarea. Si es que sí, espera tres días y a la tarde del tercero, el alcaide te escoltará a la salida. Si hubieras desestimado comenzar el proceso que inicia esta nota, no te da el visto bueno, o declinas la tarea, vuelve a tu celda y no volveremos a saber de ti."

Bob se quedó absorto alrededor de diez minutos. En un extraño velatorio del cadáver de Pete.

No quería ceder. Le asaltaban constantemente ideaciones violentas contra estas personas y no para de decirse que si iba a la sala de citas era para ahogar con todas sus fuerzas a quien estuviera ahí. Pero sabía que no tenía opción. Había notado a aquella chiquilla encerrada dentro de algún extraño metaverso. Gritando; aterrada. Era una locura, pero tan cierto como que Pete estaba muerto a su lado.

Finalmente, cubrió a Pete con la manta de una de las camas, y se encaminó maquinalmente al guardia que se encontraba en la garita cercana de su planta para informarle del suceso. Extrañamente, no opuso resistencia alguna a la afirmación de Bob de que había muerto súbitamente. <<De acuerdo>>, sentenció con desgana. Bob le preguntó si había alguien esperándole en la sala de citas y el guardia, lejos de responder, le escoltó a la misma.

-¿Pero...? ¡¿Es usted un psicópata?!, le he dicho que mi compañero está muerto en mi celda. ¿No va a tener un mínimo de respeto al velar por el primero? -dijo Bob con la voz entrecortada y con una fuerte sensación de culpa e indignación.

-Tranquilícese pintorcillo, luego nos encargaremos del bueno de Pete. Le agasajaremos en su entierro con toda la fanfarria que se precie para un bujarrón de su nivel, ¡ja, ja, ja!

-¡Cabrón de mierda! -Bob agarró al guardia por el cuello de su camisa y comenzó a zarandearle hasta que otro guardia vino por detrás y le endiñó con su porra eléctrica en la espalda.

- ¡Bob!, pero ¿qué haces? Mierda, no me gusta nada cuando me obligáis a esto... -dijo el guardia asaltante con evidente arrepentimiento.

-Este... este mamón ha pensado que es más conveniente llevarme a la sala de citas antes de velar por el cadáver de una persona -dijo Bob, que se incorporó sin mucha dificultad.

- ¿Es eso cierto, Will? ¿Quién ha muerto por dios? -inquirió Caleb preocupado.

-Caleb... ¿cuántos caen al mes? ¿cinco, seis? -cuando Will vio que Caleb no contestaba y le miraba de hito en hito, continuó con seriedad: - Peter, Peter Fernández. Dice que ha caído súbitamente.

- ¿Súbitamente? -inquirió Caleb-, pero ¿qué...? -se quedó pasmado mirando a Bob hasta que este respondió.

-No sé qué ha pasado... -dijo Bob quebrado-: ha caído de repente... Estaba hablando de su tratamiento, y, entonces...

-Santo cielo. Will, llama ipso facto al doctor Sanders y después ve a... velar a Pete. Bob -le dijo, mirándole de reojo con cierto recelo-: vamos ahora mismo a hablar con el alcaide.

Por el camino, Caleb, interpeló con brusquedad a Bob.

- ¿A caso decía en la nota que tuvieras que decirle algo a alguien? Joder..., no sabía que fuese a morir nadie. Sólo quería hacer mi ronda con normalidad. No me salen a cuenta las peticiones del alcaide.

- ¿Estás metido dentro de esto, Caleb? -inquirió Bob con indignación, pero ya casi sin fuerzas.

-No sé de qué me hablas – Caleb se dio cuenta de que había hablado demasiado-. Sólo... sólo... -iba a excusarse, pero un viento de orgullo viró su discurso y endureció su semblante: - no sé porqué tendría que darte explicaciones, a... nadie de los que estáis aquí encerrados.

-Ya entiendo porque esta cárcel está corrompida hasta el tuétano -sentenció Bob sin apartar la mirada de Caleb-. Hasta los pocos hombres con atisbo de humanidad tienen las manos pringosas...

-No tienes ni idea de nada... -Caleb se cercioró de que Will hubiera seguido sus indicaciones y volvió la cabeza para responder tajante a Bob: -Ve a la sala de citas. Espero por tu bien que no hables ni una palabra de esto.

Llegaron a la entrada de la sala de citas y el funcionario de prisiones se giró rápidamente, subiendo por las escaleras cercanas. Bob pensó que

probablemente fuera a discutir la situación con el alcaide.

Justo antes de entrar, Bob se percató de que no se había tragado el pequeño chip. Lo halló en el fondo del bolsillo, pero no tuvo memoria de cuándo se lo había guardado; probablemente por el shock del momento.

Lo tenía delante. Un hombre de características andróginas, que iba con sudadera y pantalones blancos. No tenía un solo pelo en la cara.

Bob se quedó parado como una estatua, intentando desmenuzar el arremolinamiento de emociones que sentía. Cuando finalmente iba a abrir la boca, el hombre le hizo una señal con la cabeza.

-Siéntate, por favor.

Su voz parecía no ser aire que pasara desde los pulmones a la tráquea y finalmente a la laringe; más bien parecía salir de un sistema de engranajes.

- Supongo que, si estás aquí, es porque te has tragado el chip, ¿cierto? - dijo el hombre de blanco.

-No. Quería hacerlo delante de tus narices, para que así vieras mi nivel de compromiso -deslizó Bob con displicencia.

-Maravilloso, eso es lo importante.

Bob se tragó el pequeño conductor de electricidad, que le dejó un sabor metálico durante todo el día.